

resultas de esta separacion, y desconsolada, partió el 15 de abril, tan ardoroso y confiado como á los principios de sus mas hermosas campañas. ¡Feliz y fatal confianza, que debia producir grandes cosas, y tambien nuevos é irreparables desastres por lo excesiva!

LIBRO CUARENTA Y OCHO.

Lutzen y Bautzen.

Continuacion de la mision del principe de Schwarzenberg.—Este abandona á Paris despues de procurar decir á la emperatriz y á Mr. de Basano lo que no habia osado exponer á Napoleon.—Lo acontecido en Viena desde la defeccion de Prusia.—Mas que nunca persevera la córte de Austria en el proyecto de mediacion armada, y quiere imponer á las potencias beligerantes una paz favorable á Alemania del todo.—Esfuerzos de esta córte por ganar adictos á su politica.—Lo hecho cerca del rey de Sajonia, retirado á Ratisbona, para obtener la disposicion de las tropas sajonas y de las plazas fuertes del Elba, y la renuncia al gran ducado de Varsovia.—Habiendo obtenido Austria de Federico Augusto la facultad de disponer de sus fuerzas militares, se aprovecha de ella para desembarazarse de la presencia del cuerpo polaco en Cracovia.—No queriendo volver á entrar en lucha con los rusos, celebra un convenio secreto con ellos, por el cual debe retirar sin combatir el cuerpo auxiliar y de traer al principe Poniatowski á los Estados austriacos.—Negociaciones de Austria con Baviera.—Llegada de Mr. de Narbonne á Viena por entonces.—Afectuosa acogida que le hacen el emperador Francisco y Mr. de Metternich.—Este aspira á persuadirle de la necesidad de que la paz se lleve á cabo, y le da á entender que solo á este precio se podrá lograr el apoyo formal del Austria.—Le insinua de nuevo cuales podrán ser las condiciones de la paz propuesta.—Habiendo recibido mon-

sieur de Narbonne de Paris sus últimas instrucciones, trasmite á la corte de Viena las importantes comunicaciones de que está encargado.—Segun ellas, el Austria debe intimar á Rusia, Prusia é Inglaterra que depongan las armas, ofrecerles despues la paz bajo las condiciones indicadas por Napoleon, y, si se negasen á admitirla, entrar con cien mil hombres en Silesia, á fin de operar por si propia la conquista de aquel territorio.—Manera con que Mr. de Metternich oye estas proposiciones.—Parece como si las aceptase, declara que Austria tomará el papel activo que se le aconseja, ofrecerá la paz á las potencias beligerantes, bien que bajo condiciones fijadas por ella, y pesará con todo su peso sobre la potencia que se negare á suscribirla.—Notando muy luego Mr. de Narbonne un subentendido, se quiere explicar con Mr. de Metternich, y le pregunta si en el caso de rehusar Francia las condiciones austriacas, volveria el Austria las armas en su contra.—Mr. de Metternich, procura eludir al principio la cuestion, si bien luego expresa de plano que se obrará contra todo el que se negare á una paz equitativa, mostrando por lo demás toda parcialidad respecto de Francia.—Evidencia de la falta cometida al empujar al Austria de su situacion de aliada al papel de mediadora.—De repente se sabe que el cuerpo de ejército del principe de Schwarzenberg torna á entrar en Bohemia, en vez de prepararse á volver á las hostilidades; que el cuerpo polaco debe cruzar sin armas el territorio austriaco; que el rey de Sajonia se traslada de Ratisbona á Praga, para arrojarle definitivamente en los brazos del Austria.—Nuevas reclamaciones de Mr. de Narbonne.—Insiste en que, á tenor del tratado de alianza, permanezca el cuerpo austriaco á las órdenes de Francia, y pregunta formalmente, si aun existe dicho tratado.—Mr. de Metternich se niega á responder á esta pregunta.—Para insistir mas todavía, aguarda Mr. de Narbonne nuevas órdenes de su corte.—Sorpresa é irritacion de Napoleon, llegado á Maguncia, al saber la retirada del cuerpo austriaco y sobre todo el proyecto de desarmar el cuerpo polaco.—Ordena al principe Poniatowski que á ningun precio deponga las armas, é intima á Mr. de Narbonne que sin provocar un estallido, haga que se explique la corte de Austria, y procure penetrar el secreto del rey de Sajonia.—A mayor abundamiento se promete Napoleon poner fin muy luego á estas complicaciones con su próxima entrada en campaña.—Sus disposiciones militares en Maguncia.—Aun habiendo apostado los elementos de un ejército activo de trescientos mil hombres, y de doscientos mil de reserva, no puede juntar mas que ciento noventa ó doscientos mil al principio de las hostilidades.—Su plan de campaña.—Situacion de los coaligados.—Fuerzas de que disponen para las primeras operaciones.—No queriendo el Austria unirse á ellos hasta agurados todos los recursos de venir á negociaciones, se hallan reducidos á ciento ó ciento diez mil hombres para un dia de batalla.—Composicion de su estado mayor.—Muerte del principe Kutusoff el 28 de abril en Buzelau.—Marcha de los coaligados so-

bre el Elster y de Napoleon sobre el Saale.—Hábiles combinaciones de Napoleon para juntarse al principe Eugenio.—Llegada de Ney á Naumburgo, del principe Eugenio á Merseburgo.—Hermoso combate de Ney en Weissenfels el 23 de abril, é incorporacion de los dos ejércitos franceses.—Bizarro porte de nuestros reclutas ante las masas de la caballeria rusa y prusiana.—Llegada de Napoleon á Weissenfels y marcha sobre Lutzen el 4.º de mayo.—Muerte de Bessieres, duque de Istria.—Proyectos de Napoleon ante el enemigo.—Medita marchar sobre Leipsick, pasar el Elster por este punto, y echarse de seguida sobre el flanco de los coaligados.—Posicion señalada al mariscal Ney, cerca de la aldea de Kaja, para cubrir al ejército durante el movimiento sobre Leipsick.—Mientras Napoleon discurre coger la vuelta á los coaligados, estos piensan ejecutar en contra suya la misma manobra, y se aprestan á atacar á Kaja.—Plan de batalla propuesto por el general Diebitch y adoptado por los soberanos aliados.—Es acometido el cuerpo de Ney de repente.—Maravillosa presteza de Napoleon en cambiar sus disposiciones, y concentrar sobre Lutzen sus fuerzas.—Memorable batalla de Lutzen.—Importancia y consecuencias de esta batalla.—Napoleon persigue á los aliados hacia Dresde, y envia á Ney sobre Berlin.—Marcha sobre el Elba.—Entrada en Dresde.—Paso del Elba.—Ya dueño Napoleon de la capital de Sajonia, intima á Federico Augusto que se presente, bajo pena de ser destituido.—Lo acontecido en Viena, mientras Napoleon daba la batalla de Lutzen.—A tenor de la orden recibida, insiste Mr. de Narbonne en que Austria se explique relativamente al cuerpo auxiliar y al cuerpo polaco, y entrega á Mr. de Metternich una nota categórica sobre este punto.—Ruegos de monsieur de Metternich para apartar á Mr. de Narbonne de tal paso.—Habiendo persistido este, responde el gabinete de Viena que el tratado de alianza de 14 de marzo de 1812, no es aplicable á las circunstancias actuales.—Se reciben en Viena las noticias del teatro de la guerra.—Aunque los coaligados blasonan de vencedores, muy luego acreditan los resultados que son vencidos.—Satisfaccion aparente de Mr. de Metternich.—Diligencia de la corte de Viena en apoderarse á la sazón de su papel de mediadora, y envio de Mr. de Bubna á Dresde con el encargo de comunicar las condiciones que se creia poder lograr que fuesen aceptadas por las potencias beligerantes, ó al menos bajo las cuales estaria pronta Austria á unirse á Francia.—Al saber Napoleon lo ejecutado por Mr. de Narbonne, se duele de que se haya empujado al Austria tan vivamente, pero al adquirir cabal conocimiento de las condiciones de esta potencia, se irrita hasta el último grado.—Adopta la resolucion de abocarse directamente con Rusia é Inglaterra, de anular así el papel de Austria, despues de quererlo hacer demasiado considerable, y de llevar á cabo en su contra aprestos militares que la reduzcan á sufrir la ley, en lugar de imponerla.—Entretanto, manda á Mr. de Narbonne abstenerse de toda insistencia y encerrarse en la reserva mas absoluta.—Napoleon envia al

príncipe Eugenio á Milan, para organizar allí el ejército de Italia, y prepara nuevos armamentos bajo la suposición de una guerra con la Europa toda.—Recibimiento del rey de Sajonia en Dresde.—Napoleon se dispone á salir de esta capital, con el fin de empujar á los coaligados del Elba al Oder, dándoles una segunda batalla.—Siendo harto conocido su plan de hacer alto en Bautzen y de pelear allí á todo trance, en vez de enviar Napoleon al mariscal Ney á Berlin, le encamina sobre Bautzen.—Llegada de Mr. de Bubna á Dresde en el momento en que Napoleon iba á partir de este punto.—Habilidad de Mr. de Bubna en sufrir la primera irritación de Napoleon y en suavizarla.—Explicación que da sobre las condiciones de Austria.—Modificaciones con las cuales Napoleon las aceptaría acaso.—Napoleon finge que se ablanda, con el objeto de ganar tiempo, y de llevar todos sus armamentos á remate.—Consiente en la apertura de un congreso, adonde hasta los españoles sean llamados, y en la celebracion de un armisticio, del qual se propone sacar provecho para abocarse directamente con Rusia.—Partida de Mr. de Bubna con la respuesta de Napoleon para su suegro.—Conforme á lo acordado, no bien partido Mr. de Bubna, envia Napoleon á Mr. de Caulaincourt al cuartel general ruso, bajo pretexto de negociar un armisticio.—Salida de Napoleon para Bautzen.—Distribucion de sus cuerpos de ejército, y marcha del mariscal Ney á espaldas de Bautzen con sesenta mil hombres.—Descripcion de la posicion de este punto, adecuado para dar dos batallas.—Batalla del 20 de mayo.—Segunda batalla del 21, en la cual son tomadas las formidables posiciones de los prusianos y de los rusos, despues de defendidas con singular denuedo.—Al dia siguiente 22, empuja Napoleon á los aliados hácia el Oder con la punta de la espada.—Combate de Reichenbach, y muerte de Duroc.—Llegada á orillas del Oder y ocupacion de Breslau.—Apuros de los soberanos aliados, y necesidad que tienen de celebrar un armisticio.—Despues de negarse á recibir á Mr. de Caulaincourt, por miedo de inspirar desconfianza al Austria, envian comisionados á los puestos avanzados para negociar una suspension de armas.—Estos comisionados se abocan con Mr. de Caulaincourt.—Sus pretensiones.—Negativa perentoria de Napoleon.—Mr. de Bubna se dirige á Viena durante los últimos sucesos.—Alli engendra cierta especie de alegría con la esperanza de vencer la resistencia de Napoleon á las condiciones de paz propuestas, mediante algunas modificaciones en las cuales se consiente, y torna al cuartel general francés.—Sintiéndose Napoleon estrechado muy de cerca por Austria, alega sus ocupaciones militares, para no recibir de seguida á Mr. de Bubna, y le insinua que se entienda con Mr. de Basano.—Alcanzándosele á pesar de todo que habrá de pronunciarse dentro de poco, y que tendrá á los austriacos encima si rehusa sus condiciones, consiente en un armisticio, que salva á los aliados de su total ruina, y firma esta funesta suspension de armas, no con el desigmo de venir á negociaciones, sino con el de ganar dos meses para concluir

sus armamentos.—Condiciones de este armisticio, y fin de la primera campaña de Sajonia, llamada campaña de la primavera.

Despues de la partida de Napoleon, quedó el príncipe de Schwarzenberg confuso de resultas de cuanto habia visto y oido, y disgustadísimo de no haber podido ni osado expresar ni una sola de las verdades que tenia encargo de decir á la córte de Francia. Mas franco trató de mostrarse con la emperatriz, cerca de la cual tenia acceso, pues, además de ser alemán y negociador de su padre, habia figurado como negociador de su matrimonio, y así tenia todos los títulos para ser escuchado. Desgraciadamente no podian ser de gran efecto sus discursos á esta princesa. Desvanecida María Luisa con el prestigio de que se hallaba rodeada, enamorada á la sazón del esposo que era de su gusto y la colmaba de atenciones, hacia ardientes votos por sus triunfos, pero no ejercia ascendiente alguno sobre su persona. Aun estaban rojos sus ojos de las lágrimas que habia derramado al despedirle, cuando recibió al embajador de su padre. Con pena oyó lo que la dijo el príncipe de Schwarzenberg sobre los peligros de la situacion presente, sobre las pasiones sublevadas en Europa contra Francia, sobre la necesidad de celebrar la paz con los unos y de conservarla al menos con los otros. Por toda respuesta repitió la jóven emperatriz lo que se le habia enseñado á decir sobre las fuerzas inmensas de Napoleon; pero, entendiendo poco lo concerniente á la guerra, limitóse con especialidad á pedir que se guardaran miramientos á su situacion dentro de Francia, y que, tras de enviarla como

prenda de paz, no se la expusiera á ser una nueva víctima de las tempestades revolucionarias. Tal recuerdo habian dejado en los ánimos las desventuras de María Antonieta, que María Luisa se sentia asaltada de repentinos terrores, y se consideraba como en gran peligro si Austria volvía á estar en guerra con Francia. De sus temores habló al príncipe de Schwarzenberg, aunque sin conmovérle mucho, porque no los tomaba en serio, y porque, discurrendo como político y militar, si bien algo embarazado por los favores que habia recibido de la corte de Francia, ante todo pensaba en la fortuna de su país y en la suya propia. No podia resultar gran cosa de semejantes entrevistas. Las que el príncipe de Schwarzenberg tuvo con Mr. de Basano, que se quedó en París algunos días, pudieran ser de mas provecho; pero por desgracia no tuvieron ninguno.

Al tiempo del matrimonio de María Luisa, el príncipe de Schwarzenberg llevó la intimidación con Mr. de Basano casi hasta la intriga; se trataban pues familiarmente y podian hablarse con toda franqueza. Schwarzenberg procuró decir la verdad, sin proceder no obstante con todo el valor que debiera y le excusara mas tarde de faltar á Napoleon al agradecimiento, si no llegaba á ser escuchado. Algo hizo por refutar las aseveraciones de monsieur de Basano, por rebajar los inmensos armamentos de que este ministro hacia continuo alarde, por hablar de la inexperiencia de nuestra infantería, sobre todo de la destruccion de nuestra caballería, del furor patriótico que íbamos á hallar entre los coaligados, de las pasiones que arrastraban á la sazón á los pueblos de Europa y dominaban á

los mismos gobiernos, de la imposibilidad en que Austria se vería de batirse contra Alemania y á favor de Francia, á no ser que pareciese hacerlo por una paz alemana del todo. Mr. de Basano no manifestó comprender estas verdades, y con una sinceridad que honraba su buena fé, aunque de ninguna manera su juicio político, alegó á menudo la alianza y especialmente el matrimonio. Perdiendo el príncipe de Schwarzenberg la paciencia, soltó estas espresiones.—¡El matrimonio, el matrimonio!.... La política lo hizo, y la política podrá des-hacerlo.—Ante este grito de ingenuidad salido de boca del príncipe de Schwarzenberg, sorprendido Mr. de Basano comenzó á entrever la situación; pero en vez de acudir en ayuda de la debilidad de su interlocutor, que no osaba declarar lo que sabia, esto es, que Austria no se batiria por nosotros en contra de los alemanes y que antes bien se uniría á ellos, si no aceptáramos la paz que habia ideado, fingió no haberle comprendido, para eximirse de dar respuesta, y prestóse á que terminara la entrevista con nuevas y falsas protestas de fidelidad á la alianza. Sin duda podia ser hábil aparentar no haber comprendido, para evitar un choque, pero á nuestros ojos fuera mucho mas hábil una explicación franca, amistosa y completa; pero si disimulaba ante el representante de Austria, á lo menos al dirigirse á Napoleon no debia andar con disimulos: convenia que le dijera lo que fingió no entender al otro, esto es que, si no hacia sacrificios, se le echaría encima el Austria y sucumbiría bajo una coalición de toda Europa. Mr. de Basano juzgó preferible no transmitir á Napoleon lo que habia recogido, por no irritarle contra el Austria.

Positivamente la intencion era honrada; pero, sirviendoles de este modo, se pierde á los señores no acostumbrados al lenguaje de la verdad. Si el mundo entero, si la naturaleza de las cosas les hubiera de contemplar al modo que les contemplan sus lados, pudiera suceder que, callando el mal, se conjurara; pero como solo sus lados le están sumisos, los hechos que les son ocultados, no hacen mas que agravarse; crecer y convertirse muy luego en desastres.

Muy descontento partió de París el príncipe Schwarzenberg á causa de lo que habia visto, y si fuera justo debiera tambien mostrarse descontento de sí propio, pues no supo hacer oír todas las verdades que le autorizó á revelar su gobierno, y debia poner en claro á los ojos de Napoleon, para eximirse de toda nota de ingratitud al admitir el nuevo papel que iba á representar muy pronto.

No iban mucho mejor las cosas en Viena, aunque mediando mas perspicacia y mas talento por parte de los representantes de Francia y Austria. Mientras Mr. de Narbonne estaba en camino hacia aquella corte, aun habia empeorado la situacion para nosotros, y prensados el emperador Francisco y el príncipe de Metternich entre la opinion universal de Alemania, que les impelia á unirse á la coalicion, y Francia, con la que estaban comprometidos, no sabian ya como salir del aprieto, y se hallaban condenados de dia en dia á mas trabajoso disimulo. Su objeto no habia cambiado, pues en la situacion de ellos no habia mas que uno prudente y decoroso. A los ojos del cuerdo emperador y del hábil ministro no se podia seguir otra conducta que la de pasar del estado de aliado de Fran-

cia al de aliado de Rusia, de Prusia, y de Inglaterra, por el estado intermedio del arbitraje, imponer tanto á unos como á otros una paz ventajosa á Alemania, atenerse á este papel intermedio el mas largo tiempo que fuera posible, y no reunirse á la coalicion sino en el último extremo. De esta suerte, segun hemos dicho, el emperador conciliaba sus intereses de soberano alemán con sus deberes de padre; y el ministro hallaba un modo conveniente de pasar de una política á otra y de continuar decentemente á la cabeza de los negocios. Para ambos tenia el gran mérito de ahonar á Austria la guerra con Francia, que á sus ojos presentaba siempre eventualidades singularmente espantosas. Pero hacer aceptar á los coaligados, exaltados por el odio y por la esperanza, esta lenta transicion hacia ellos, y hacer aceptar á Napoleon consejos moderados, cosa era punto menos que imposible, y en la cual podia fracasar toda la destreza del mundo, sobretodo en medio de los incidentes continuos de una situacion extraordinaria. Sin duda alguna fuera mas cómodo explicarse desde luego lisa y llanamente con todos, decir á los coaligados y á Napoleon que se queria la paz y que se queria alemana, primero por Alemania, cuyos intereses se debian tomar mas á pechos, y despues por Europa, á cuyo equilibrio convenia que Alemania fuera independiente; que, pudiendo echar un peso decisivo en la balanza, se tenia resuelto echarlo contra quien no admitiera este sistema de pacificacion general completamente y sin demora. Pero hablar de este modo antes de tener doscientos mil hombres en Bohemia podia ser aventurado en presencia de un carácter tan impetuoso como el de Napo-

leon, y de una coalicion tan embriagada de triunfos inesperados como lo estaba la de Rusia, de Inglaterra y de Prusia. Asi era prudente ganar tiempo antes de explicarse. Nada descuidó el gabinete austriaco, pues tenia habilidad de sobra para salir airoso de tamaña tarea.

Ante todo quiso proporcionarse adictos á su política mediadora en la misma Alemania, y buscólos entre los príncipes comprometidos en la alianza francesa, á semejanza suya, por interés ó por prudencia. Empezó por dirigirse en secreto á Prusia, que con una movilidad inherente á su posicion y á las pasiones de su pueblo, se habia precipitado de un golpe de la mediacion á la guerra. No pudiendo ya valerse de Prusia, enderezó sus esfuerzos, siempre secretamente á Sajonia y Baviera, que nada anhelaban mas que la paz y sobre todo ventajosa para Alemania, y las enlazó á su política. Segun se ha visto, indujo al rey de Sajonia á abandonar á Dresde, y á negarnos su contingente de caballería, y á encerrar en Torgau su contingente de infantería. Pero esto no bastaba, y ahora queria llevarle de Ratisbona á Praga, para disponer alli mas completamente de su persona, y hacerle adoptar todas sus miras. Consistia la principal de ellas en alcanzar del anciano rey el sacrificio de la Polonia, regalo muy seductor de Napoleon, si bien regalo quimérico y peligroso, cuya nulidad y cuyo peligro acababa de poner de manifiesto la campaña de Moscou. Logrando del rey de Sajonia la supresion del gran ducado de Varsovia, esperaba el gabinete austriaco hallar menos dificultades por parte de Napoleon, quien ya no tendria el embarazo ni el disgusto de abandonar á un aliado, hácia el cual

habia ostentando el mayor favor de continuo. Entonces, con los territorios que se extienden desde el Bug al Wenta, habria para reconstituir la Prusia, se libraria á Rusia del gran ducado de Varsovia, que era para ella un fantasma acusador y amenazante, se le daria algo para el duque de Oldenburgo, y Austria tomaria para sí propia, lo cual á vueltas de muchas miras por el bien público no le era indiferente, la parte de la Galitzia, que despues de la batalla de Wagram habia perdido. Punto muy importante era el de alcanzar tamaño sacrificio del rey de Sajonia, y se iba en pos de este objeto cerca de su persona con secreto, destreza é insistencia. Por último se queria que Sajonia no empleara sus fuerzas mas que con las de Austria, al mismo tiempo y en la propia medida. Sus fuerzas consistian en la hermosa caballería que habia seguido á la córte, en los diez mil hombres de infantería acantonados en Torgau, en esta misma plaza, en la fortaleza de Koenigstein sobre el Elba, y ademas en el contingente polaco del príncipe Poniatowski, que detrás del príncipe de Schwarzenberg se habia retirado á Cracovia. Esta última parte de las fuerzas sajonas era la mas interesante á los ojos de Austria, no á causa de su importancia militar, sino de su posicion especial del todo. Con efecto se necesitaba impedir que á la próxima reapertura de las hostilidades, y por virtud de órdenes de Napoleon, se pusiera en movimiento el cuerpo polaco, y atrajera asi á los rusos hácia Bohemia. Añadase que al comenzar de nuevo las hostilidades no solo al cuerpo polaco expediria Napoleon órdenes de movimiento, sino al mismo cuerpo austriaco. Para desenlazar tantas complicaciones, con

su habitual fecundidad de talento habia discurrido Mr. de Metternich un recurso, diestro aunque peligroso si llegaba á descubrirse, y era el de continuar por convencion escrita lo que por convencion tácita se habia ya hecho, esto es, retirarse delante de los rusos, fingiendo verse obligados á ello por fuerzas superiores. De resultas, empleando en un doble uso á Mr. de Lebzelttern, enviado á Kalisch, para ofrecer la mediacion austriaca, se convino en los hechos siguientes por una nota, cangeada entre las partes y que se prometieron mantener perpétuamente secreta. El general ruso, baron de Sacken, denunciaria el armisticio por el cual habian suspendido los rusos las hostilidades contra los austriacos á fines de la última campaña y desplegaria sobre su flanco una fuerza considerable: estos por su parte fingirian retirarse por necesidad, repasarían el alto Vistula, abandonarían á Cracovia, volverían á entrar en Galitzia, y llevarían consigo el cuerpo polaco de Poniatowski, obligándole á sufrir esta necesidad supuesta. Una vez llegados allí los rusos harían alto y respetarían las fronteras austriacas. Pero para no mantener á los polacos tan cerca del gran ducado de Varsovia, y sobre todo para no guardarlos en medio de Galitzia, á la cual podrían poner fuego, queria el gabinete austriaco pactar con el rey de Sajonia su gran duque, llevarlos por los Estados de Austria sobre el Elba, donde Napoleon haría de ellos el uso que fuese de su agrado. De este modo se resolviera una de las cuestiones actuales de mas bulto.

Esta secreta convencion de que acabamos de hablar, fué aceptada por los rusos, y apresuróse á firmarla Mr. de Nesselrode, ministro ya director de

Alejandro, no en el nombre, sino de hecho. Aun faltaba conseguir que se acomodara á tales ajustes el rey de Sajonia.

Horriblemente atormentado este pobre monarca, no sabiendo ya á quien entregarse, pero siguiendo de buen grado al Austria, cuya posicion se parecia mucho á la suya, aceptó cuanto se le propuso. Respecto de su caballería, llevada á Ratisbona, respecto de su infantería, encerrada en Torgau, respecto de esta plaza y de la de Koenigsstein, estipuló no usar de unas ni de otras, sino de acuerdo con Austria, juntamente con ella, y á tenor de su plan de mediadora. Respecto de las tropas polacas consintió en que, vueltas á Galitzia, se les quitasen momentáneamente las armas, bajo promesa de restituírselas acto continuo, y de que se las condujera por los Estados austriacos, suministrándolas cuanto las hiciera falta, á un punto de Baviera ó de Sajonia, que se designaria posteriormente. Para esta combinacion habia el contratiempo de hallarse un batallon de cazadores franceses entre las tropas polacas, y de no ser asunto de poca monta desarmar á franceses, sobre todo pretendiendo perseverar aliados de Francia.

Alcanzado este punto, se necesitaba arrancar al rey de Sajonia el abandono definitivo del gran ducado de Varsovia, para quitar, segun se ha dicho, á Napoleon un embarazo y un argumento, y Austria queria proponer á Sajonia por via de compensacion de la Polonia el lindo principado de Erfurt, guardado hasta entonces en depósito por Francia, y ofrecido un momento en compensacion al duque de Oldenburgo. Pero, aun cediendo Sajonia á las miras de Austria, se habia defendido al

hablárselo del sacrificio del gran ducado de Varsovia, pues á pesar de ser Erfurt una preciosa porcion de territorio enclavada en sus Estados, no equivalia á aquella gloriosa corona de Polonia, que un siglo antes brillaba perfectamente en las sienas de los principes de Sajonia. Asi el gabinete austriaco deseaba llevar á este monarca de Baviera á Bohemia, para disponer mejor de su persona. Con el fin de atraerle á este punto hacia valer la circunstancia de ser Praga un pais inviolable y de distar pocas leguas de Dresde, y de estar allí por tanto en aptitud de hablar á sus súbditos todos los dias y de conservar su afecto.

No menos delicadas eran las negociaciones enabladas con Baviera, y ofrecian mayores dificultades. Además, de ser necesario inducirle á asentir á un tratado de mediacion, que no entraba en la política de Napoleon y que por tanto no dejaba de ser peligroso, habia que inclinarla á un sacrificio estéril para la causa general de todo punto, bien que utilísimo para el Austria, y era el restablecimiento de la frontera del Inn, mermada á expensas de Austria y en beneficio de Baviera por el tratado de paz de 1809. Aquí no quedaba otro arbitrio que la amenaza, sin ofrecer compensacion alguna, pues en torno de Baviera no habia mas que los territorios de Baden, de Wurtemberg y de Sajonia, ignorándose el modo de desmembrarlos en provecho de un vecino. De árdua se resentía la tarea, y corríase el riesgo de que, en despique del disgusto, pusiese Baviera á Napoleon al cabo de todo. Por lo que hace á nuestros aliados de Baden y de Wurtemberg, no pudo Austria acercárseles sino con muchos miramientos, haciéndoles su proximidad á

las orillas del Rhin dependientes de la vigilante dominacion de Napoleon por completo.

En medio de este trabajo sutil y misterioso, llegó Mr. de Narbonne á sorprender á Austria, y á darle cuenta de miras por desgracia muy diferentes de las suyas. En vez del proyecto de reconstituir la Prusia y de hacer á Alemania independiente, llevaba Mr. de Narbonne un trastorno de Alemania mayor todavía que aquel á que se aspiraba á poner remedio, esto es, la Prusia definitivamente destruida, la Sajonia sustituida á la Prusia, y el Austria pagada á la verdad con la Silesia, aunque mas dependiente que nunca. De cierto con tales proposiciones no habia manera de entenderse: añádase que Mr. de Narbonne, recientemente honrado con el favor de Napoleon, llegaba como es natural descoso de distinguirse, y sobre todo con la pretension de no ser juguete de Mr. de Metternich al modo que su antecesor lo habia sido. Disposiciones peligrosas aunque muy concebibles, pues lo mejor fuera aparecer engañado sin serlo, ó serlo realmente mas bien que obligar á Austria á que se declarase, manifestándola que se habia adivinado su pensamiento.

La acogida que Mr. de Metternich hizo á monsieur de Narbonne, fué de las mas afectuosas y ligeras. No contentándose el ministro austriaco con ser un espíritu político profundo, tambien hacia gala de figurar como espíritu amable y sincero, y lo sabia ser en los casos necesarios. Asi colmó á Mr. de Narbonne de obsequios, le recibió como á un amigo de quien no tenia que recatar cosa alguna, y con cuyo auxilio queria salvar á Francia, á Austria y á Europa de una catástrofe tremenda, ex-

plicándose ingenuamente y de seguida acerca de todo. Afanóse mucho por saber si el embajador de Francia llevaba al cabo algunas concesiones á la política europea, demostrativas de que Napoleon se inclinaba á la paz urgente. Pero todavía aguardaba Mr. de Narbonne de París sus últimas instrucciones, en las cuales se le debía trazar punto por punto la manera de hacer sucesivamente á Austria las importantes aberturas de que estaba encargado. Hasta ahora habia que decir muy poco, salvo que Napoleon no propendia á ceder nada, pero que si quería ser su cómplice la corte de Viena, se le daría buena paga en territorios tomados á quien quiera que fuese. Todo lo que Mr. de Narbonne podia hacer por mejor é hizo en situacion semejante, se reducía á callar, y á oír y adivinar mucho, ínterin podia romper el silencio. Como no hablaba, Mr. de Metternich hubo de hablar por su parte. Cosas dijo que se debieran adivinar sin que las dijese, y que se debieran comprender al menos, cuando se esmeraba en repetir las tan á menudo y con tan evidente buena voluntad de que fueran fructuosas. Con fundamento decia Mr. de Metternich que Viena se hallaba en la posicion mas árdua despues de la defeccion de Prusia. Toda Alemania pedía que se uniera á los rusos y á los ingleses contra los franceses. Todas las clases en Viena, aunque no tan atrevidas como en Berlin, sustancialmente usaban el propio lenguaje, y lo mas grave era que el ejército participaba de las mismas opiniones. Todos querían que se aprovechase la coyuntura de emancipar á Alemania del yugo de Francia, y de poner término á un estado de cosas intolerable. Sin duda Austria sabia cuánto habia de exagerado y de

imprudente en este lenguaje; que Napoleon era muy poderoso, muy temible, y no convenia declararsele temerariamente en contra; y al expresarse de este modo, añadía el ministro austriaco que por su parte no recaeria en las faltas de que habia querido desviar á la política de su patria con el matrimonio de María Luisa. De consiguiente no olvidaba el poderío de Napoleon, ni el matrimonio, ni el tratado de alianza del mes de marzo de 1812, y no se dejaria llevar ni por el pueblo de las capitales, ni por el de los salones y el de los estados mayores. Sin embargo, habia que reconocer verdades evidentes, para no caer uno propio en la ceguera de que se acusaba á los adversarios: forzoso era no ocultarse que habia en Europa una sublevacion universal de los ánimos contra Francia, ó á lo menos contra su jefe; y en la misma Francia una necesidad muy legítima de reposo; que se ganarian batallas sin duda, pero que las batallas no bastarian por mucho tiempo para resistir á movimiento semejante; que por tanto habia que venir á ajustes, por virtud de los cuales se conservara la justa grandeza propia, y no se quisiera oprimir la independencia agena, hasta el punto de crear una situacion intolerable.—Mr. de Metternich añadía que Austria solo abrigaba miras rectas, moderadas; que deseaba seguir aliada de Francia; que á pesar de todo no se la podia obligar á que derramara la sangre de sus pueblos para hacer mas ominosa una cadena de que arrastraba pesada parte; que si se la pedía que apoyara con todas sus fuerzas un proyecto de pacificación aceptable para Europa, quizá la perdonarian sus pueblos que permaneciera unida á Francia con este objeto, pero